

**FRACCIÓN CONTINUA**



**CRUZ FLORES**

jóvenes • pasión y libertad | literatura | poesía



Fracción continua





GOBIERNO DEL  
ESTADO DE MÉXICO



Universidad Autónoma  
del Estado de México

Alfredo Del Mazo Maza  
*Gobernador Constitucional*

Marcela González Salas y Petricoli  
*Secretaria de Cultura y Turismo*

CONSEJO EDITORIAL

*Consejeros*

Marcela González Salas y Petricoli

Rodrigo Jarque Lira

Gerardo Monroy Serrano

Jorge Alberto Pérez Zamudio

*Secretario Ejecutivo*

Alfredo Barrera Baca

*Comité Técnico*

Alejandro Pérez Sáez

Rodrigo Sánchez Arce

Laura G. Zaragoza Contreras

Doctor en Ciencias  
e Ingeniería Ambientales  
Carlos Eduardo Barrera Díaz  
*Rector*

Doctora en Humanidades  
María de las Mercedes Portilla Luja  
*Secretaria de Difusión Cultural*

Doctor en Administración  
Jorge Eduardo Robles Alvarez  
*Director de Publicaciones Universitarias*

# FRACCIÓN CONTINUA

Cruz Flores

JÓVENES. PASIÓN Y LIBERTAD | POESÍA

**FOEM**  
FONDO EDITORIAL ESTADO DE  
MÉXICO



*Fracción continua*

© Primera edición: Secretaría de Cultura y Turismo del Gobierno del Estado de México / Universidad Autónoma del Estado de México, 2022

D. R. © Secretaría de Cultura y Turismo del Gobierno del Estado de México  
Jesús Reyes Heróles núm. 302,  
delegación San Buenaventura, C. P. 50110,  
Toluca, Estado de México.  
ceape.edomex.gob.mx

D. R. © Universidad Autónoma del Estado de México  
Instituto Literario núm. 100, Oriente, C. P. 50000,  
Toluca, Estado de México.  
www.uaemex.mx  
publicaciones@uaemex.mx

© Sergio Eduardo Cruz Flores, por el texto  
© Hamlet Ignacio Alejandro Ayala Lugo, por el prólogo

ISBN (colección GEM): 978-607-69828-2-2  
ISBN (colección UAEMÉX): 978-607-633-813-1  
ISBN (GEM): 978-607-5910-01-7  
ISBN (UAEMÉX): 978-607-633-817-9

Número de autorización del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal  
CE: 226/09/13/22

Coordinación editorial: Alejandro Pérez Sáez  
y Jorge Eduardo Robles Álvarez  
Diseño y formación: Angélica Sánchez Vilchis  
Cuidado de la edición: César Alan Malvárez Hernández y Jimena Ramírez Olivares

El contenido de esta publicación es responsabilidad exclusiva de la autoría.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización escrita de los titulares de los derechos patrimoniales.

Hecho en México / Made in Mexico

**Nadie puede cuestionar** que el mundo actual demanda acciones eficaces en todos los campos de la vida. Las generaciones jóvenes asimilan la información de su realidad histórica, la procesan y van fraguando gradualmente una voz propia. Esa voz que se alza frente al orden establecido debe ser escuchada, porque es portadora de la simiente del pensamiento evolutivo, del paso que marca el cambio de una generación a la siguiente.

Por ello, la Secretaría de Cultura y Turismo no escatima esfuerzos en la creación de diferentes vías que ayuden a la maduración del talento joven, a la difusión de sus ideas estéticas a través de la creación intelectual y artística, alimento del pensamiento humanista que, hoy por hoy, es el camino más firme hacia la paz mundial.

Conscientes de estos principios, nos hemos dado a la tarea de abrir nuestras puertas a jóvenes artistas y pensadores mexicanos que destacan en los diversos géneros literarios: novela, cuento, ensayo, poesía y dramaturgia; en la reflexión y el pensamiento filosófico, histórico, antropológico y social; en las artes plásticas como pintura, grabado y escultura, o en las artes gráficas, digitales y cinematográficas.

Es así como surge el proyecto Jóvenes. Pasión y Libertad, nueva colección del Fondo Editorial Estado de México en coedición con la Universidad Autónoma del Estado de México, que abre un espacio para dar cauce a las voces de la juventud creadora, además de reconocer su trabajo y sus aportes a la literatura, el pensamiento y las artes de nuestra entidad.

MARCELA GONZÁLEZ SALAS Y PETRICIOLI  
*Secretaria de Cultura y Turismo*





**Fortalecer la inclusión** en la universidad y en la sociedad, al igual que la identidad de los diversos sectores de la población mexiquense, mediante la amplia participación de jóvenes en actividades literarias, artísticas y culturales es el principal objetivo de la Universidad Autónoma del Estado de México en materia de difusión cultural. Así lo definió la comunidad universitaria de la Uaemex en su Plan Rector de Desarrollo Institucional 2021-2025.

Por ello, a las universitarias y los universitarios nos llena de entusiasmo participar como coeditores en el diseño y lanzamiento de la acertada colección Jóvenes. Pasión y Libertad, que incluye obras de artes visuales, literatura y pensamiento filosófico, realizadas por jóvenes que practican los diversos géneros de estas tres vertientes de la producción intelectual en nuestra entidad.

Cada obra publicada en esta colección constituye un trabajo reflexivo sobre la realidad que, gracias a su tratamiento artístico, logrará detonar nuevas experiencias estéticas, intelectivas y morales en el público lector.

A su vez, la colección Jóvenes. Pasión y Libertad ha sido construida con una mirada abierta a la innovación de temáticas y técnicas que las jóvenes autorías seleccionadas han planteado con arrojo y energía.

Deseo que las obras que conforman esta colección se inserten en la rica tradición literaria hispanoamericana y dialoguen durante mucho tiempo con la crítica especializada y el público en general. Que así sea para el deleite de todas y todos.

Somos Uaemex

*Patria, Ciencia y Trabajo*

DR. CARLOS EDUARDO BARRERA DÍAZ

*Rector*



## Fracción continua: reversión de la vida sin remiendo

Las cosas grandes cambian  
cuando miramos detenidamente.

Los hombres indican el camino  
que debo seguir  
para reclamar su Historia.

Yo prefiero desviarme.

Éste es un libro para volver a mirar todo aquello que vimos de pasada, para voltear hacia el punto ciego donde se encuentra el disparador de un pensamiento repentino y recurrente, visualizar el mapa de nuestras memorias y verlo completarse y fragmentarse. Poder observar nuestras propias sinapsis como luces minúsculas cuando “nos cae el veinte” para reconstruir un sueño que habíamos olvidado o cuando alguien completa un recuerdo muy remoto y equívoco tan sólo con un gesto.

La poesía de Cruz Flores mantiene, incluso en sus pasajes más imbricados, una mirada clara y una expresión concreta en relación con los fenómenos de los que se ocupa, ofreciendo acercamientos que resaltan la naturaleza del universo observable mediante una precisión acuciante y una imaginación poliédrica como instrumentos de profundización en la realidad. Gracias a esto, en su escritura podemos encontrar motivos y referentes de la pintura o la teoría cuántica hermanados con la proximidad de los enfermos, el vértigo generado por la desintegración de una fritura y la imagen reveladora que un día

desprende algún aspecto del entorno cotidiano como parte de un entramado de sucesos que conforman una experiencia vital llena de simultaneidad, cambios de ritmo, temperaturas y estados de ánimo, pasando de la ironía y el desenfado a la impresión de un paisaje apenas advertible, pero de gran impacto existencial.

Ese mirar detenido opera en dos formas notables: por un lado, responde a la dimensión de los objetos que mira, ya sea por su carácter impenetrable o por su expresividad latente, dotándolos de profundidad y presencia; por el otro, dota de una justa trascendencia los objetos de lo que en apariencia pueden ser mínimos o descartables, devolviéndoles su relevancia, dimensión poética y equilibrando de manera antisolemne y desenfada, sin perder profundidad ni rigor en la construcción de los poemas.

A través de sus acercamientos, este libro nos sitúa en un universo colmado de fisuras, árboles de raíces expuestas, pequeños simulacros que nos desenmascaran, remiendos que se van revelando en el poema como característica de nuestra vida terrena. En su reunión, los textos de este volumen van abriendo un espacio donde podemos asomar con toda sutileza y, a la vez, de manera decidida al entramado de inquietudes que a todos nos atañen en la historia común del ser humano. Se abren un espacio para tratar aspectos que nos tocan un día ineludiblemente, ya sea para detenerse, bajarnos de la noria del acontecer diario y su ritmo irrefrenable, o para volver sobre ciertos anhelos que se nos imponen con dura desventaja y sin rodeo: “Ver el regreso de quien una vez te arrebataron / y entender que nunca nadie, en realidad, desaparece”.

Para regresar sobre lo sin remedio y sin remiendo, sobre lo conocido e incompleto, la poesía, como fenómeno germinal, para que todo sea nuevamente, es decir, recobrar lo vivido con una identidad inusitada y fresca, posible, engendradora. Naciéndose en otros, naciéndonos con ella. Entonces, “la verdad de su no-ser no anula su existencia”.

La complejidad en la escritura de Cruz Flores no desdeña el poder evocativo de los elementos de la vida corriente, ya que aquello más simple también nos determina, añadiendo textura, color y dimensión temporal a las formas de estar y ser humanos, desdibujando las fronteras entre la trama personal y la dimensión perceptual que nos involucra y nos señala a cada uno de sus lectores como el centro de confluencia de toda clase de estímulos, además de descubrirnos como instrumentos resonadores de todo cuanto nos circunda y nos invade a través de los sentidos.

Otro fenómeno presente es la presencia de lo vivido a través de un ejercicio de memoria. La re-construcción que esto implica dispone ante nosotros la posibilidad establecer conexiones y derivas que van dando forma a otro flanco de lo real, “cortando, armando, depurando / para volver las cosas más simples, / aunque se agrieten”. Esto revela una voluntad de ahondar en la conciencia y recuperar una porción de vida para nuestro sentir, reversionándola y modulándola con justeza, reflejando su carácter simultáneo y contradicho, brindándonos inesperadas maneras de relacionarnos tanto con nuestra historia más personal como con los rumbos que van sugiriendo a lo largo del camino para ser y sentir como individuos.

Es así que, a pesar de todo descreimiento de ciertos simulacros y resanes, vamos descubriendo e incluso ensayando en nuestro devenir. Este libro se presenta como un espacio que reflexiona sobre lo irremediable e infalible de la realidad tal y como nos es presentada, aunque sea para insistir con necesidad en el deseo de que algo quede de nosotros contra nuestra fatalidad espiritual desde un existir en constante mutación y como parte de un mundo en perpetuo desmoronamiento. Sin embargo, a través de los versos, frente a toda imposibilidad, la poesía otra vez se hace presente, toma forma, nos acompaña y resuena. “Algo tiene que permanecer”, insiste el autor, ante la finitud de lo que somos, volver, a fin de cuentas, empecinadamente, aunque sea por lo bajo, a la frágil sensación de lo eterno.

HAMLET AYALA







## Historia universal

Veo los mapas de los hombres:  
actos, quehaceres, proyectos,

dedos que se abren frente a mí,  
voces que indican  
“todo lo que ves  
será tu herencia”.

Hablan  
y parecen brillar,  
incuestionables.

No hago preguntas, voy con ellos.

Sólo entonces me doy cuenta  
de remiendos escondidos,  
fisuras en la tela:

donde antes habían islas  
solo existe  
un mar oscuro

pero la Historia sigue ahí,  
presente y eterna  
como la estrella de la mañana  
que no sé distinguir  
porque nunca la he visto.

Las cosas grandes cambian  
cuando miramos detenidamente.

Los hombres indican el camino  
que debo seguir  
para reclamar su Historia.

Yo prefiero desviarme.

## Borrador de lo minúsculo

1.

De mi mano  
resbaló al suelo  
una fritura,

hizo una pirueta  
a treinta centímetros  
de mis dedos,

se atomizó junto a mis pies.

2.

Las rupturas se veían claramente,  
aunque conservó la misma forma:  
aparentemente redonda, íntegra,  
pero estaba quebrada  
de sus fronteras hasta el centro.

Recogí los pedazos,  
los tiré a la basura.

La historia se me escapa de las manos  
todo el tiempo, como ese día.

Algo tan pequeño no merece nombre  
ni heredad:  
ya no es de nadie.

3.  
Estaba viendo un documental  
sobre Chernóbil:

*la radiación  
cruza huesos y venas,  
es capaz de atomizar un cuerpo  
nada más con un golpe  
de materia imperceptible,  
aventada al vacío.*

Los cuerpos se desintegran,  
quedan agujeros donde hubo materia,  
fragmentos de metal en un campo abierto.

4.  
Los años siguen, no pasa nada,  
algo florece dentro  
de las estructuras vacías.

Después de un tiempo,

las familias desplazadas  
regresan a la zona de exclusión.

Hay muebles avejentados,  
plantas radioactivas  
en sus jardines.

Sienten cómo el hogar vacío  
habita el mismo espacio  
y es tan hermoso.

5.

Un equipo de producción  
llega a la zona  
y la gente abre sus puertas.

La cámara se fija en el rostro de una anciana.  
Pasan los créditos.

Lucrecio vio las ruinas de Pompeya  
como resabios de algo  
que una vez estuvo ahí,  
pero ya nadie es capaz de dar constancia:

*Importaban poco la religión ya entonces,  
y los dioses,  
porque el dolor era excesivo.*

Los gritos de hace milenios  
son idénticos a los de hace un par de décadas.

6.

Vi la historia en la televisión y era lo mismo  
que hay frente a la puerta de mi casa,  
en las cosas que no valen nada,  
en lo pequeño.

Un abismo se extiende entre mis manos.

Un día se acabará la historia,  
de qué más se puede hablar.

## Ensayo sobre el olfato

Parece algo artificial, brota  
    quién sabe de dónde,  
se dispersa entre las ramas  
como un muñeco rascahuele  
de la infancia, y apenas visible,  
un tallo nimio en el jardín  
saca esporas,  
    llena el espacio.

Mi madre planta una flor verde  
    entre las otras  
    y apenas me entero  
de cuál es, cómo se llama. No sé  
los nombres de las flores,  
no sé muchas cosas,  
    soy disperso,  
aun cuando escucho las palabras  
y su artificio se me pega  
    como si fuera una verdad.

Miro la cosa por su nombre  
y no distingo el olor,  
su cualidad organoléptica  
que me recuerda un juguete,  
hasta que mi madre lo dice:  
“hueledenoché”.

Me acerco para darle la palita,  
le ayudo a cambiar las macetas.  
El jardín se llena de lodo.  
Qué rápido se nos acaba el tiempo.  
“¿Cuándo vuelves?”,  
“pronto”, le digo,  
subo al auto.

Me gustan las palabras que son frases:  
correveídile,  
hueledenoché,  
el aroma de esa flor tan amplio  
que aparece  
un momento  
y cuando deja  
de estar oscuro  
se esfuma.



## Poema de segunda

Como en la pintura de Van Eyck, una mano  
sobre el vientre, rígida y exacta,  
un dedo apuntando hacia el lado izquierdo,  
la palma abierta a 45 grados; la piel  
lisa e imposible como si nunca  
hubiera tocado la luz del sol,  
el cabello amarrado en dos conos  
que enmarcan el trazo de la cabeza  
y otorgan al rostro simetría.  
Una imagen del matrimonio Arnolfini,  
siglo xv, entre basura:  
la luz que no toca los cuerpos  
hace pensar en las cinco de la tarde,  
y el sol está en el lado opuesto de la casa.  
Nunca he visto el original.  
Si tuviera dónde meter este cuadro,  
quizás lo compraría, jugaría a decirle  
a la gente que es auténtico,  
reemplazado sin que nadie se enterara.  
Quizás alguien llegaría a creerme,  
pero aunque el trazo está muy bien hecho

los colores son distintos, y la luz  
no viaja a la usanza del maestro.  
El óleo está empezando a agrietarse,  
pronto las hojuelas de pintura  
se marchitarán en el suelo.  
La gente pisará los muebles, las paredes,  
los pálidos rostros.

Escribo espejos circulares,  
cosas de segunda mano,  
ideas sobre lo que he visto y leído  
apuntando a una ausencia  
transparente, casi invisible,  
como la huella que divide  
lo falso de lo real.  
Detrás, el espejo  
del retrato Arnolfini  
refleja sus espaldas,  
una pintura de la sagrada familia  
frente a la que están posando  
y adentro Jesús, María, José,  
el pesebre que contrasta  
con el lujo de la naciente burguesía.  
Reconozco el aura  
de las falsas superficies,  
imágenes antiguas  
que no están aquí

ni en ellas mismas,  
ni en ningún lado.

Yo no puedo saber nada.

## Olvidar es un trabajo

Lo hacemos diariamente y en conjunto,  
pulimos el olvido como una superficie: las esquinas  
redondeadas, suaves al tacto

Olvidamos con las manos,  
nos encerramos en un cuarto  
donde no pegue mucho el sol,  
y no se filtre la humedad.

Ensayamos lo último,  
adquirimos destreza  
cortando, armando, depurando  
para volver las cosas más simples,  
aunque se agrieten.





## Ensayo sobre el azul

Un color que no era color  
color intermedio  
“ningún color existe” dices  
todo sombras simulacros  
de otros simulacros  
nombres inventados  
para los que queremos estar  
seguros de que lo visto  
es real  
contingente.  
Pero ningún color existe.  
Uno hace los pigmentos  
con sangre de insectos o piedras  
o plantas en un molote  
que una chica aplasta en su cabaña  
lentamente  
mientras murmura una canción de paz  
sobre la arena  
sobre la ceniza  
sobre la tierra y nosotros  
nosotros aquí

esperando entender el azul  
aprehender el azul  
sentirlo  
caminamos por la galería  
y una pareja enfrente  
tomada de las manos  
mira el bosque imaginario de un Hockney  
la primavera en medio del vacío  
la suspensión del instante donde  
el pasto es verde  
ellos son rojos porque aman  
la tierra es gris y sórdida  
la muerte es negra  
y el cielo azul.



## Un retablo de Ángel Zárraga

Señor  
No sé celebrarte como el poeta  
En versos complicados  
Pero acepta  
Señor  
Esta obra áspera y humilde  
Que he hecho con mis manos mortales.

ÁNGEL ZÁRRAGA  
*Exvoto (San Sebastián)*

1.  
Frente al moribundo  
con el dorso  
de las palmas  
tocándonos  
mirábamos  
hilo de sangre  
bajando a la tercera costilla  
hacia adelante  
como si exhibiera  
el perfil de la herida  
con su hueso tronado y abertura  
y el recio tallo  
de la primera flecha disparada.

“Quería enseñarte éste”  
el letrero del exvoto

con mártir caligrafía.  
Abajo tronaban  
los cañones y los fierros  
del barco arrastrado  
por una inmensa ola  
y el campo  
extendía sus fauces  
para nosotros.  
Entramos luego  
de un beso y cuatro chelas.  
Llevaba tanto tiempo sin salir.

El coche se averió en su eje  
justo entre la obrera y centro.  
Para todos los desconocidos  
ahí estorbaba yo  
en medio de una calle transitada.  
Un patear ahogándose  
el intento de arrancar un auto viejo  
hecho estatua  
inservible.

Mi casa estaba lejos.  
Me prestaste tu cochera.  
“Quédate un rato” dijiste  
y me quedé tres años  
en viajes fiestas primeras comuniones  
la esperanza un día de nuevo y otro sí  
la compañía sutil y bella hasta el hartazgo

2.

Y después horas muertas  
la taquería de abajo con sus lánguidas  
eternidades de pastor y lengua  
ya no más la casa junta y todos felices.  
Ya no el mar abierto el día tranquilo  
el mientras tanto y cuándo vas  
a mudarte pintura seca  
haces ruido manchas las paredes  
cuántos días cuánto más y todo el tiempo  
dónde andabas  
ya no quiero

transido  
esta colonia por un rato  
en etimología de restaurantes  
y nombres que seguirán lastimando  
cuando uno ya supo resignarse  
a ocultar las cosas que quedaron  
por discutir frente a los familiares  
en rito hipócrita  
y coreografiado como es vivir morir  
o presentarse en sociedad  
vuelto pareja estable cuando tus arterias casi estallan  
pero hay que ser atentos y especiales  
aunque no quieran ver o decir nada  
y el mundo seco muerto abominable  
esté brotando como de la tráquea

un pollo rostizándose en la estaca  
luego de un par de años malhabidos  
si ha de doler que duela y yo  
transido.

3.  
El dolor no es para tanto.  
Ocurre sin intención o forma  
sin dirigirse a nadie  
ni quererlo.

Aunque cueste trabajo entender  
y uno cubra su nombre de tierra  
y grite y maldiga berrinches  
y quiera deslizar las cortinas  
revolcarse en sus tristes adentros  
todo pasa.

No es para tanto:  
un día despiertas y las cosas mueren.  
La flecha termina de clavarse.  
La sangre escurre a la rodilla.  
Se cierran los museos.  
Se cuajan las imágenes.  
Los autos dejan de pitar.

## Hematoma

1.

Cuando sostenía mi brazo  
en alguna plaza, un lugar público,  
yo temía que nos observaran,  
que alguien — la familia, la escuela,  
cualquier persona— se diera cuenta.  
Es obvio, me decía a mí mismo,  
y está mal. No podemos seguir.

Pienso en las horas de esa casa vieja,  
cuando nos ocultábamos de la gente  
y se escuchaban los perros, los niños jugando.  
Nos abrazábamos en una casa sin espejos.  
Una casa de interés social, prefabricada,  
con muros de ladrillo y cemento  
que se ponían calientes al llegar la tarde.

Después iba al trabajo. Llenaba cartones  
de cerveza fría, de tres en tres,  
y me encaminaba al billar con el diablito  
que una mañana se venció. Mi padre

era el dueño de la tienda. Sólo pidió cuidado.  
Me acuerdo de recoger las esquiras  
húmedas con una escoba, trapear después.

2.

Dice el catálogo del Museo Jumex  
el mes de nuestra visita: “Creadas  
entre 2003 y 2008, las pinturas  
de la serie *Bacchus* son la culminación  
de la carrera artística de Twombly”.  
Eran grandes círculos rojos y duros,  
esas pinturas: manchas enormes,

interrogantes. La sangre dispersa  
entre las líneas de la mano, y después,  
cuando su madre enjuaga la herida,  
cae hacia el lavabo y deja atrás su mancha,  
de color rojo. Es un niño que se corta  
al agacharse con una esquirra de vidrio  
transparente, perdida en el suelo.

Todas las cosas tienen su halo:  
dejas células muertas en las sábanas,  
cabellos que se desprenden al andar,  
y el viento adhiere cosas a tu cuerpo.  
Twombly pinta un círculo rojo,  
no sabe que le quedan seis años de vida.  
Hunde su brocha en la pintura otra vez.

3.

Recuerdo que te cortaste en esa casa  
mientras intentabas prender el boiler.  
Tu mano goteaba hacia el suelo  
y dejó un rastro hasta el lavabo.  
No era grande. Te ayudé a desinfectarla  
y no pasó a mayores. Con esa mano  
esbozaste un círculo. Después,

cuando te miré a través del plexiglás,  
tu pecho hinchado, ojos caídos,  
tenía miedo de entrar a la habitación  
donde estabas cubierto de tubos.  
El rojo en tu pecho, la traqueotomía  
que abría y cerraba en la V de tu cuello.  
Nunca pensé que ibas a lastimarte.

Estábamos cada tanto en esa casa vieja,  
ocultos de la familia y los amigos,  
en secreto. Las paredes eran todas grises,  
la casa gris, en obra gris. Rojo  
el interior del cuerpo, la sangre que gotea  
de la mano del niño al suelo, la mano  
lastimada que hace un círculo gigante

4.

Tú eras ese niño, tenías la sangre  
goteando por tus zapatos nuevos,

la respiración entrecortada.  
Me pregunto si te habrás acostumbrado  
al frío del oxígeno por tu garganta  
y a no poder abrir los ojos.  
¿Qué hacen los ojos bajo tus párpados

si el cuerpo que guían está inmóvil?  
Dicen que a veces se mueven rápido  
y acaso en ese momento sueñas.  
Yo tengo un sueño donde la casa  
se hace un laberinto polvoriento,  
lleno de pasajes y recámaras falsas,  
y el cubo de luz es la única salida.

El instante en que se rasga  
la piel del niño, cuando los párpados  
se cierran, cuando se quiebran  
las botellas. Lo rojo que está ahí,  
en tu pecho, bajo tu piel, en todo.  
Lo rojo que distingue al espacio  
de tu frágil y mutable superficie.

5.  
En medio de la garganta  
una x, una chispa roja,  
una palabra vacía, un retrato  
que acosa desde la gaveta  
y un círculo rojo, una voz  
que no sale, el cuerpo azul,



la cuerda tensada, un círculo  
en la garganta, un punto,  
un movimiento amplio  
del brazo que se extiende,  
forma una mancha roja,  
se cierra, y se rompen  
las botellas en el suelo, el tacto  
se interrumpe, la cuerda se corta  
y todo en suspenso, sin juzgar  
entre nosotros, inconsecuente,  
la carga de las cosas y los días,  
la carga burda, sin algún peso,  
una gota de sangre en el cuello,  
el perfil de un tacto  
en el límite inferior del lienzo  
que deja un rastro rojo de pintura,  
una huella, un solo estuve aquí,  
un punto rojo, nada más.

## RESTART

*Gotta go fast*

Cuando éramos niños  
nos quedábamos a escondidas  
jugando con el SEGA Genesis.

Los controles voluminosos  
escurrían de nuestras manos  
y evitábamos producir  
cualquier sonido,  
furtivamente,  
en *Sonic 3* por turnos  
intentando superar al otro,  
cazábamos anillos  
y *power-ups* y rampas  
para aumentar la velocidad.

Éramos casi vecinos  
en una ciudad fría,  
callada y pequeña.

En la pantalla, Sonic  
se hacía bolita

y llegaba hasta el límite  
para enfrentarse con Eggman.  
Moríamos entonces, una y otra vez,  
pero eso no hacía que nos detuviéramos.

Íbamos más rápido, desviando cada traba,  
hasta que se hacía de madrugada  
y la luz enrojecida  
asomaba por la habitación.

Una navidad me invitaste a tu casa  
porque Santa te trajo un Xbox.  
Era una caja negra con verde,  
amplia, que escondía dos controles  
más livianos que los del SEGA,  
con más botones y dos palancas:  
una para apuntar,  
la otra para moverse.

Cuando instalamos el sistema  
y pusimos el disco incluido,  
descubrimos otra cosa:  
*anda corre golpea dispara*  
*no los dejes tocarte están por entrar.*  
Las texturas, más humanas,  
más reales, de los cuerpos, y las caras  
de maniquí nos deslumbraban:  
dispararle a alguien,

sentir el control vibrando,  
ver a los cuerpos que caen.

Jugar con el SEGA parecía poca cosa,  
con música cursi, gráficos inferiores.  
Nos fue dejando de interesar.  
Luego nuestras familias se mudaron,  
dejamos de vernos.

Hoy se descompuso mi pantalla,  
azules chirriando uno contra el otro  
en un montón de estática sin forma, y recordé  
cuando jugábamos *Spider-Man 2*:  
el mundo abierto, la ciudad inabarcable  
donde nos columpiábamos  
hasta que el juego se detenía  
y aparecía un punto rojo.  
“Lo siento, su copia está corrompida”.  
“¿Pero tiene garantía?”  
“No”.  
Nunca lo terminamos de jugar.

Tengo *Sonic 3* cargado en mi celular.  
A veces lo juego en salas  
de espera, en aeropuertos.  
Me asombra lo simple del control: izquierda,  
derecha, saltar,  
Las cosas se mueven como uno quiere.

El tercer jefe me mata una y otra vez.

Sonic me preocupa.

Cada vez que se cae a un barranco

o lo matan, siento

que mi cuerpo estremece levemente,

mi mandíbula se tensa, mis manos

aprietan un poco el teléfono.

Igual tendré otra oportunidad.

No debería preocuparme tanto.

La ventaja de estos juegos

es que morir implica una resurrección

precisa, una y otra vez, hasta que acabas

o te cansas del juego, y lo abandonas.

El Sonic que controlo muere y sigue corriendo.

Su único descanso

es levantarse después de muerto

y ver la misma casa, los lugares

íntimos que la memoria invade

hechos escombros, reliquias

de un pasado que se extingue:

un ruido entre las manos,

luces que se apagan, puntos rojos,

el grito de las cosas cuando mueren,

sentir la vibración de los controles.

Cuando éramos niños  
salió una nueva película de Godzilla.  
Nos compraron el videojuego  
en un puesto de fayuca, lo instalamos,  
servía, y era pésimo.  
Nos quedamos con Spider-Man,  
aunque se trabara.

Me gustan los videojuegos  
porque cuentan una historia  
en presente, y la habitamos  
con mayor interés  
porque estamos en personaje:  
corremos siendo Sonic,  
nos columpiamos en Spider-Man,  
somos Godzilla en los ojos  
de Godzilla, como en *Las Meninas*  
al observar la escena  
desde el punto del espejo, el límite  
de la mirada se convierte en uno  
que observa, y da testimonio  
de una vida que no es suya.

Cuando éramos niños  
las palabras eran vía para otras cosas  
más interesantes. Para qué hablar,  
si entonces no hacía falta.

En mi teléfono, Sonic se juega la vida.  
Le lanzan cangrejos mecánicos,  
bolas de fuego, no lo dejan respirar.  
Intento llevar a Eggman  
a una esquina, lo acorralo con saltos  
y disparos energéticos, me muevo,  
me hago bolita, lo contengo  
en un espacio reducido para evitar  
que responda mis golpes,  
y sigo atacando por unos minutos.  
Después la pantalla en negros,  
explosiones de 16 bits, música: Sonic  
se levanta, estalla el edificio,  
los créditos empiezan a rodar.

Sobre el fondo negro de los créditos  
veo mi rostro,  
pienso en ti.

Te escribo desde aquí  
sobre cuando éramos niños.  
Intento darle claridad  
a la forma en que se habitan  
los recuerdos, explotan las señales,  
los párpados se cansan de la luz  
como entonces se trababa la consola  
y nos quedábamos impresos  
en la pantalla, frente al punto rojo,

sin saber qué hacer. Quedaba nada más levantarnos, desconectarla, ver que no estaba guardada la partida, empezar otra vez.



## Nada es para siempre

Cuando John Milton tenía 24 años escribió un soneto sobre la pérdida de su juventud, lamentándose, exigiendo que le dieran sabiduría en represalia por haber perdido algo que ni era suyo. Melodramático, el inglés pensaba despedirse de su vida en el inicio. No conocía estas palabras del poeta: *hasta la belleza cansa*.

Porque la belleza cansa, los ciegos de Brueghel son más memorables que un Rossetti: para qué habitar un mundo de figuras y apariencias suaves, que no comunican más que esa latente angustia de lo bello. Cuando Milton tenía 24 años apenas había escrito *Lycidas* y alguna de sus odas italianas.

Quizás de saber lo que vendría hubiera disfrutado más: la muerte

de su esposa, la ciega, el exilio  
todavía quedaban lejos. Pronto  
sería muy pobre, incapaz  
de trabajar, pero iba a escribir libros  
de los que la gente sí se acordaría.

Aquí yace Lycidas, consumido por el mar  
a sus 24 años. Mejor que no supiera el futuro:  
la ignominia es más interesante y emotiva  
que toda la terrena hermosura.  
Hasta la belleza cansa, es verdad,  
y la habitamos.





## Días de asueto

Qué miedo salir,  
dejar asegurada la puerta,  
cerradas las cortinas,  
abandonar lo dispuesto para uno.

Al ceder,  
nunca dejaría la casa:  
me haría tan mueble  
como los muebles, tan planta  
como el asfódelo que riego  
cada tercer día.

Por eso es necesario  
fumigar, limpiar  
para que no haya ojillos  
que acechan en la sombra,  
fantasmas de vivos  
que usaron la cocina,  
mordieron las plantas  
y ya no están.

El más nimio desplazamiento  
puede alterar el orden.

Uno no entiende  
por qué inventa  
argumentos para quedarse:

qué tal  
si el edificio se incendia,  
si la vecina olvida a mi gato  
y éste muere de hambre,  
si alguien que no he visto hace años  
me busca, no respondo,  
y no lo veo más.

No quiero pensar en esas cosas.

A fin de cuentas,  
estoy de vacaciones.

Desparramo mi cuerpo  
en una silla de azotea:  
qué a gusto se está aquí.

El ruido de los autos como el mar  
abarca el sentido de mi miedo,  
al mundo que pasa lentamente.

## Religión de los batracios

El sapo lucha por dejar atrás  
su cola, la tranquilidad  
primordial del estanque  
donde nació y creció  
unos milímetros antes  
de aventarse al vacío  
y notar que le empezaron  
a salir ancas, que la piel  
empezó a abultarse,  
y casi sin darse cuenta  
se fue haciendo algo  
que no querría  
de haber tenido opción.

Entonces, comienza  
a cuestionar sus privilegios,  
se pregunta por la calma  
con que vive mientras algunos  
renacuajos sin fortuna  
nunca salieron del estanque  
o emergieron deformes

con los ojos en la boca,  
con la piel transparente,  
corazones horadados.

El sapo reconoce  
su suerte de estar vivo,  
tener cuatro extremidades  
y una mucosa agria  
que le permita alejar  
a los depredadores. Sabe  
que todo está bien en la laguna,  
que el bosque es memorial  
y eterno, protegerá  
a él como a su estirpe, y a todos  
sus hermanos que brotan  
al mismo tiempo  
del mismo caldo  
hiperactivo.

A veces lo entrevé  
cuando está dormido,  
pero no se ha dado cuenta  
de que cada día es más pesado  
y cuenta mucho  
para hacer que el resto  
valga la pena: no sabe  
que al morir existe un túnel  
donde volverá a ser renacuajo,



se hará las mismas preguntas  
en el mismo orden  
siempre, hasta el final.

## El mar de Dirac

—Señor, ¿para usted qué es la poesía?  
—Decir algo que todos ya sabemos de manera  
que nadie lo comprenda.

0=1/2

Hay espacios por donde no pasan los objetos,  
y se amontonan en capas de negación  
como un bar lleno de ebrios, ignorándose.  
Esto es el mundo: oposiciones continuas,  
formas diferentes de expresar vacíos  
que no tienen sentido una y otra vez,  
aplazamientos de las mismas repeticiones.  
Las partículas, sometidas por antimateria,  
se configuran en una especie de torrente,  
como capas en un pastel o ejércitos  
que se forman. Así están todas, en conjunto.

$0 = -1/2$

Incluso dentro del vacío puede haber ausencias, agujeros perfectamente delimitados, que parecen consumir los reflejos de las cosas. No es cierto. Incluso estos agujeros en la nada, para estar, deben ser algo: anulaciones continuas, parejas de nada que dan vuelta unas sobre otras y atraen, como ballenas blancas u hoyos negros, la masa de algo que se acerca, que intenta no desprenderse y termina suspendido, que se ahoga, pierde su naturaleza originaria y se vuelve uno en el mar, junto a los otros.

1=1/2

En el principio, el espíritu de Dios  
(que es nada) flotaba sobre las aguas  
(de la nada) y de repente se le ocurrió decir  
“hágase nada”. Y se hizo la nada.

Un pez sin cuerpo flotando entre el vacío,  
cortando un aire sin aire, sacando espuma  
de ausencia con aletas que no existen;  
eso era Dios. Algo que no se ve, porque los ojos  
no están hechos para ver donde no hay cosas.  
Este agujero es un Dios en el mar de nada:  
La verdad de su no-ser no anula su existencia.

$1 = -1/2$

Es una danza. Dos límites en paralelo  
—¿qué son?, nadie sabe— entremezclan  
sus fisionomías, que circundan en sí mismas,  
se trenzan y separan todo el tiempo  
como el acomodo dimensional de una medusa  
o el aire que enmarca a los ventiladores.  
Decir “no hay nada” es como decir  
“no entiendo”, “no puedo ver”, “no distingo  
el momento de separación entre las cosas”;  
ver el regreso de quien una vez te arrebataron  
y entender que nunca nadie, en realidad, desaparece.

## Edgar se cae

Esta luz es consumida por lo negro.  
El asfalto recibe pisadas de la gente:  
rasguños, caídas, impactos, charcos  
bajo unas capas frágiles y tornasoladas.

Aquel día jugabas en el rancho  
de tus abuelos con un primo  
medio agresivo, a quien veías poco.  
Andaban por el riachuelo  
con palitos de madera, remedando  
movimientos de película.  
Tu hermano mayor los seguía  
con la cámara de tu madre.

No existe origen para la luz. Ella  
simplemente refracta contra el suelo  
y desvía su trayectoria levemente:  
en todo esto no hay nada especial.

Una vez escalábamos el monte  
y mi padre tropezó con una piedra,

cayó de sentón, y tuve miedo.

Poco antes, Domingo cayó a la cisterna.

Nadie escuchó el ruido del cuerpo

que desciende, el chapotazo,

el golpe seco entre los muros.

Sus padres lo encontraron frío.

La luz nunca se detiene, ignora

las cosas que entrecruza, se refracta

en cristales rodeando cada objeto.

El trabajo de lo negro es absorber.

*Una vida que es una hora que no es,  
que no se ve, que no se alcanza,  
un ahora que no es vida en un minuto,  
un minuto que sólo acaba en pausa.*

La refracción se filtra a tientas

por el cuarto de madrugada:

una alcoba extraña y vacía, imposible

de dimensionar, se opone a lo negro

cuando pasan los borrachos

cantando el estruendo de su avance

y los coches sangran halógeno

entre persianas blancas. Edgar

se filtra lentamente en el cristal

de la cámara que lo graba

y ya, we, pinche pendejo, we

atado en la memoria del video.

En ese otro lugar no habita el tiempo  
sino como el reverso de una palabra  
vacía, sin contingencia ni forma, ni nada  
más que la luz y su contraer parásito.

No puedo dormir. Enciendo el teléfono  
con presteza, de noche,  
hincándome sobre el colchón.

Edgar y yo nos parecemos.

Edgar no es cierto. No está ahí.

Está la luz que lo rodeaba,  
la que ha existido siempre,  
incluso ahora, cuando la imagen  
es apenas el gesto disfrazado  
y hace fácil rodear al eco,  
estrujar su nombre tardío  
como si fuera el propio.

*Un cuerpo a medias, frígido, en el aire,  
que no puede sostenerse por sí mismo  
y que ha de terminar cayendo al fango,  
un paso en falso y caer a la cisterna*

Palabra ya no dicha    Mi padre    Negro en un instante  
Azote contra el cuerpo    Edgar    Extensión de lo posible



Edgar se cae toda la vida en un segundo  
y el segundo dura todo lo que acaba  
y rebota de nuevo, se divierte, no deja de pasar.  
No hay forma de ir contra esta luz.  
No existe nada que escape de lo negro.

## Elegía para mí

Mi cuerpo  
tiene forma  
de tamal.

A veces se cansa,  
se abulta, pero no quiere  
claudicar en sí mismo  
y morir avergonzado  
por contener multitudes  
de rajitas con queso.

Aquí está mi cuerpo.

A veces tiene miedo  
de no despertar  
porque se asfixió  
o le dio un infarto  
y se quedó ahí  
y nada más.

Por temporadas  
he soñado  
con ser otro  
más bello, saludable,  
con no cansarme,  
con no estar triste  
a veces  
y sin motivo.

Soñar es lo único  
que hace un tamal  
sudando en la olla:  
ponerse a rezar  
que en el momento de cocción  
no se desparrame,  
que alguien llegue a escogerlo  
y lo consuma.

Remuevo  
las ropas  
de mi cuerpo.

Estoy frente al espejo,  
desnudo,  
mirándome.

“Yo soy el que soy”,  
dijo la zarza ardiente  
a un Moisés sorprendido.

Me digo lo mismo,  
el espejo repite  
los movimientos de mi boca.

Yo soy el que soy:  
el sueño de un cuerpo  
que se quedó pegado  
al fondo de la olla.

## Construcción

En la esquina de una ciudad que no conozco,  
están arrancando un árbol.

Puedo verlo salir  
del agujero que ocupó  
durante años: sus raíces  
contrastan con la fijeza del tronco,  
sus edades, su musculatura.

Lo arrancan con una grúa  
para moverlo de la tierra  
y convertirlo en mueble, en tabla,  
en algo útil y correcto.

La máquina excava hasta el fondo.

Nadie se pregunta  
cuál es la opinión del árbol, si hubiera  
aceptado que lo extirparan del suelo.

Nadie conoce su redondez,  
sus raíces  
plantadas en el asfalto.

Apenas creció aquí, donde ahora  
los hombres derraman cal  
para que el suelo endurezca.

Observo cómo lo están montando en un camión  
y lucho por sacarle una fotografía,  
contar su historia,  
guardar su nombre.

El camión se aleja en esta ciudad de paso.

Los tallos en la grava están secándose,  
las hojas que quedaron  
crujen  
bajo mis pies.







## Temporal

*Una casa grande, vieja, con ventanas altas. Una terraza en la que pega el sol casi todo el tiempo. Una casa rodeada de edificios, sumergida en una época que ya no está. La gente que habita la casa es vieja, es otra, no es nadie. Primavera. Cerezos y jacarandas en la avenida. Una casa varada en sí misma: un navío grande que envejece un poco más con el paso de los días, con las plantas descuidadas que crecen adentro y las figuras que aparecen en la hiedra. Una casa que es más vieja que nosotros. La casa a la que entramos. Esta casa.*

—¿No te gustaría vivir en otra época?

Aquí  
hace milenios  
había un bosque  
de secuoyas, rostros  
tatuados en los surcos,  
ciudades de palos y niebla.

Aquí no había nada  
después del frío  
que se tragó todas las cosas.

Ahora, el sol alumbra  
un montón de latas aplastadas  
a mitad de la calle. La carcasa  
colorida de los autos  
nos deslumbra: reflejos en el vidrio,  
un montón de cartones  
entre los que duerme, como ostión,  
un vagabundo. Regresamos  
con dos vasos de café.  
Abajo, fluyen yacimientos de petróleo,  
hueso entre escombros y brea.

Ya no quedan rastros del pasado.  
Se apagaron los volcanes.  
Inventamos una historia  
limpia, bella antes del polvo,  
antes del colapso de la estructura.  
Imaginamos un entonces  
que habitan solamente  
las cosas de nuestra memoria.

Pero el tiempo no sabe  
de catafixia, de hacerse otro,  
de bifurcarse.  
Si hubiera pedido este café con leche  
al rato no me daría gastritis,  
todo sería diferente  
si tuviera un mejor trabajo,

si hiciera más ejercicio.  
El tiempo solo sabe de querer ser.  
Querer ser, atado a la tarde.

Hay gente que vivió en esta casa.  
Caminó estos pasillos, se preguntó  
sobre la vida, intentó hablar con fantasmas  
y fracasó. Miraban a la sombra  
esperando una respuesta. Ahora caminan  
con nosotros, beben con nosotros,  
sus huesos dan sostén a las paredes.  
Rodamos juntos como latas vacías.

En la pendiente, donde crecí,  
las cosas se mueven distinto:  
los objetos crecen más lento, las arrugas  
tardan más en plegarse bajo los ojos  
y adentro hace frío, las personas  
ven pasar el día que ofusca  
la garganta como un hueso atorado.  
Este día de latas aplastadas,  
del calor que despierta al vagabundo,  
no es mío, aunque vivo en él.  
Me muevo distinto, mi sangre  
se acumula en las venas, mis ojos  
ven el transcurrir de las cosas.  
Aquí pasa lentamente. Yo no.

Un reloj cae de la mesa,  
un trozo de monte cae  
al océano, tocamos  
la puerta de una casa.  
El mundo avanza con nosotros,  
nos tira, nos troza, nos toca,  
y seguimos el camino de siempre.  
A veces dejo el auto frente a la reja  
y se llena de hojas secas,  
yescas de un bosque ardiendo,  
el interior de un húmero  
lleno de hormigas.  
Imagino los huesos,  
pienso en la muerte:

tiene nuestros ojos,  
nuestra piel, nuestras venas,  
y nos acompaña en el recorrido a casa  
como un paso en falso en el camino,  
un agacharse para encender la radio,  
un auto que deslumbra.

Pienso en la muerte:  
algo cae al suelo,  
se retuerce por varios minutos  
y permanece aquí,  
hecho pedazos. Un corazón  
se detuvo en esta casa

y aún lamenta entre los pasillos.  
El sol está bajando.  
Observo al vagabundo  
caminar frente a la casa, tambaleante.  
Sus miembros son lisos y delgados,  
veo un rostro joven  
entre la barba desvalida.  
Habita ese lado de la calle  
desde que tengo memoria.

¿Y si muriera aquí,  
donde nadie se enterara?  
Quedaría en su posición de ensueño,  
con las piernas recogidas  
y los ojos cerrados,  
perdería su carne  
hasta ser montón de huesos  
en un búnker de cajas.

Algo tiene que permanecer.

Una secuencia de acontecimientos:  
despertar, ser, moverse, partir.  
Todo en orden, dispuesto  
al acomodo de nuestra memoria.  
Quiero parecer seguro  
de que esta hora lleva a la siguiente,  
de que este verso que escribo

será consecuente con el otro  
y después hablaré sobre lo mismo:  
escribir, marcar  
los huesos en la tierra  
y su pronto olvido.

El tiempo pasa entre nosotros.  
Es lo que es. Lo hilamos.  
Somos en él. Morimos en él  
y no existe. No tiempo  
altera los sentidos. No palabra  
pasa por el tiempo  
no frágil forma de palabra  
ahí donde ya no sé qué cosa  
donde no se habla no se dice  
no los huesos  
    en la tierra  
no las rocas no los rastros  
    quemándose  
    creciendo  
no allá ni aquí  
    tampoco  
no palabras un instante  
no continuo  
    no difuso  
        solo aquí  
hoy donde estamos  
    aquí ahora

ahora donde aquí las cosas  
ahora todo  
                  está cambiando  
aquí ahora donde pasa aquí  
no hay tiempo sólo tiempo  
                  sólo huesos  
                  sólo yesca ardiente  
                  sólo algo que se quema  
                  y nace y crece y muere  
                  cada cosa en su lugar.

Ésta es  
    la casa oscura  
        la palabra vacía  
        los huesos  
en la tierra,  
    la lata  
    aplastada,  
    la luz deslumbra  
        a medias  
  
                  el vaso caliente  
  
                  todo está  
                  estamos  
                  en el frío  
                  de la montaña

en un pasado  
que no vimos

este día soleado  
en todo lo que está  
por acabarse.

Aquí  
no es casa  
de nadie.

Aquí  
es casa de  
Fantasmas

Aquí  
se rompe  
en mis manos.

Aquí  
son mis manos  
de otro.

Aquí  
está pasando  
una historia.

Aquí fue  
es  
aquí estamos



en el sueño de una casa  
en la imagen de una casa  
en el cuerpo de una casa  
en el papel cubierto  
de palabras que es la casa

el tiempo no es nuestra casa  
una casa cubierta de hiedra  
voces ocultas en paredes  
limo en los muebles  
cadáveres ocultos  
en los cimientos.

Si el tiempo fuera una casa  
estaría a medio derrumbarse,  
con hiedras y polvo que se abre  
camino por la frágil estructura.

Si el tiempo fuera una casa  
yo sería un mueble viejo  
resquebrajándome por el aire,  
dejándome abatir en el polvo  
saturado,  
sin esperanza.

Las plantas crecerían sobre mí.

Las ratas anidarían generaciones  
en mis huesos.

Los hongos brotarían comunidades,  
gente, vidas,  
tierra.

Veo una hilera de autos frente a la casa:  
sus sombras reflejadas en las raíces  
de cada árbol fracturan el cemento.

Mi rostro se empalma con ellas,  
se hace viejo. No hay escombros.  
Se llena el hueco de la casa.  
Ceden las hiedras  
y almenas y caballos y empedrados

*tiro*

                          y cae el meteoro  
y el reloj de torre dando la hora

*al*

fuego hecho piedras  
                          y los cerezos recién plantados

*basurero*

                          todo se derrumba  
las calles lozanas sin raíces

*mi vaso*

                          se va desfigurando  
todo cubierto de verde el sol

*de plástico*

                          lo chico lo grande  
desciende

*vacío*

se extingue

no hay nadie no hay nada todo es preciso cae mismo instante  
mismo lugar todo está aquí ahora todo está aquí ahora todo  
tiene algo algo aquí ahora algo quedará de todo esto algo aquí  
ahora algo tiene algo debe algo ahora  
algo tiene que permanecer.

## Nota del autor

*Este libro fue escrito en las calles Liverpool 16 y México 1968, mayormente durante mi estancia en la Fundación para las Letras Mexicanas, 2018-2019.*

# Índice

## SIMULACROS

Historia universal	17
Borrador de lo minúsculo	19
Ensayo sobre el olfato	23
Poema de segunda	25
Olvidar es un trabajo	28

## GRADACIONES

Ensayo sobre el azul	31
Un retablo de Ángel Zárraga	33
Hematoma	37
<i>Restart</i>	42
Nada es para siempre	49

## LÍMITES

Días de asueto	53
Religión de los batracios	55
El mar de Dirac	58

Edgar se cae	62
Elegía para mí	66
Construcción	69

## TEMPORAL

Temporal	73
----------	----



*Fracción continua*, de Cruz Flores, se terminó de editar en agosto de 2022, en Toluca, Estado de México. Para su formación se usó la familia tipográfica Kievit, de Michael Abbink & Paul van der Laan, de la Fundidora Font Font. Diseño y formación: Angélica Sánchez Vilchis. Cuidado de la edición: Ariana Cuadros Pedral, Jimena Ramírez Olivares y el autor. Editores responsables:  
Alejandro Pérez Sáez y  
Jorge Eduardo Robles Alvarez.





Este libro es un mapa. El mapa de un hombre que se encuentra con la poesía y la vida. En la vida escucha grietas y dibuja un horizonte pleno y nítido. En la poesía, ve fracciones, partes de un todo que le significan lo que está y lo que continúa. Piezas, en esencia, de lo que se inventa en una experiencia poética.

Cruz Flores ha escrito uno de los libros más inteligentes de su generación, es hábil para trazar un paisaje privado y único, a la vez fraterno, como se escriben los nuevos paraísos. Sabe modular su voz, pero también la incendia, y en ese vértigo busca el elemento irracional, del que habló Stevens, entre la realidad y la sensibilidad del poeta, para que surja la poesía. Celebremos *Fracción continua* porque es un libro que le da sentido a nuestro tiempo.

MARÍA BARANDA